

La marea del creacionismo científico llega a España

Leandro Sequeiros

En enero de 2008 ha saltado a los medios de comunicación la noticia de que una entidad que se definía como religiosa, en colaboración con una entidad científica (la denominada Médicos y Cirujanos por la Integridad Científica [PSSI en sus siglas en inglés]) había organizado en centros universitarios y culturales de diversos puntos de España una serie de conferencias —con pretensión científica— sobre el tema «Lo que Darwin no sabía». Se convocaron estos actos entre el 15 y el 28 de enero en Madrid, Barcelona, Málaga, Vigo, León y otras ciudades.

Algunas entidades científicas, como la *Sociedad Española de Biología Evolutiva* (SESBE)¹, se pusieron enseguida en guardia y desenmascararon a través de los medios de comunicación de qué se trataba. Eran unos actos de contenido pseudocientífico que pretendían introducir en España la concepción creacionista defendida por grupos de tendencia muy conservadora, y en ocasiones sectaria, ideológica y religiosamente. De alguna manera forman parte de lo que se ha llamado la «marejada creacionista» que, de muy diversas formas, aparece periódicamente en el panorama de las relaciones entre ciencias y religión.

¹ Puede encontrarse información en www.sesbe.org

Evolución científica y creacionismo científico

Cuando se habla de «evolución», el referente suele ser el naturalista británico Charles Robert Darwin (1809-1882). Precisamente el año 2009 se conmemorarán los 200 años de su nacimiento y los 150 años de la publicación de *El origen de las especies por la selección natural* (1859). Tras la muerte de Darwin en 1882, fueron tantas las interpretaciones de su doctrina que se difuminaron muchos de los rasgos clásicos.

Tras años de crisis científica del darwinismo, por los años 1930 se introduce la genética de poblaciones en el pensamiento científico y aparece la llamada *Nueva síntesis* o *Teoría sintética de la evolución*. Se suele considerar a Theodosius Dobzhanski (1900-1975) como el «padre» de la nueva síntesis, al publicar en 1937 *Genetic and the origin of the species*.

La *Teoría sintética de la evolución* intenta armonizar tres factores que hasta entonces se consideraban irreductibles con las ideas de Darwin: las mutaciones (o cambios de diversa índole en los cromosomas, o más concretamente los cambios de composición y de ordenación de los genes); la selección natural, entendida como que el éxito diferencial de los nuevos caracteres depende de la presión selectiva del medio sobre el desarrollo y funcionamiento de los organismos; y,

por último, los mecanismos de aislamiento (tanto geográfico, como etológico, como de otro tipo).

Frente a la comunidad científica, son muchos los grupos antievolucionistas y creacionistas hoy en nuestro mundo. La mayoría de ellos pretenden la defensa a ultranza de una ciencia de la creación basada en la interpretación literal de la Biblia, recuperando la vieja frase «*Y la Biblia tenía razón*».

Como botón de muestra vaya este ejemplo: la prensa local de Granada², así como otros periódicos, emisoras de radio y televisión y las páginas *web* se hicieron eco de la noticia de la apertura en la ciudad de Petersburg (Kentucky, EE UU) de un espectacular «Museo de la Creación». El complejo ha costado 27 millones de dólares, ocupa 9.300 metros cuadrados y de forma gráfica, didáctica y «muy americana» se intenta mostrar que el universo fue creado por Dios hace 6.000 años, que los días de la creación bíblica deben ser tomados a la letra, que existieron históricamente Adán y Eva, que el primero se formó del barro y la segunda de una costilla de Adán, que coexistieron dinosaurios y humanos hace pocos miles de años, que tuvo lugar el Diluvio Universal que fue el causante de la extinción de los dinosaurios y otros animales «antediluvianos», y otras muchas afir-

² *Ideal*, 29 de mayo de 2007, p. 69.

La marea del creacionismo científico llega a España

maciones bíblicas tomadas al pie de la letra. La inauguración de este Museo de la Creación ha levantado oleadas de indignación entre muchos científicos (paleontólogos, biólogos y geólogos, geofísicos y planetólogos, bioquímicos y genetistas...) que niegan que este museo tenga credibilidad alguna y que solo es un montaje sectario.

Algunas personas pueden creer que esta problemática está ya desfasada y que no vale la pena, en pleno siglo XXI, preocuparse por las ideas creacionistas³. Sin embargo, los embates conservadores en el mundo son muy fuertes y el debate contra las ideas darwinistas sigue vivo, sobre todo en los países anglosajones. Pero con el tiempo se irá extendiendo al resto de Europa.

La resistencia al evolucionismo: las marejadas creacionistas

Desde los mismos tiempos de Darwin, las fuerzas más resistentes al cambio de mentalidad se opusieron decididamente al evolucionismo tachándolo de ateo, materialista y corruptor de las costumbres. Pero desde mediados del siglo XX hasta aho-

³ L. SEQUEIROS, «La Teología de la Ciencia: un concepto emergente», en *Proyección*, 222, julio-septiembre 2006, 57-72; L. SEQUEIROS, «Evolución biológica y creación: el debate continúa», en *Proyección*, 225 (2007) 127-137.

ra parece haber renacido no solo en Estados Unidos, sino también en el resto del mundo, el denominado movimiento del «*creacionismo científico*»⁴. De un modo general, podemos entender como «*creacionismo científico*» el conjunto de propuestas —defendidas con pretensión de ser consideradas como científicas— de que la formulación literal de la narración bí-

*en estas últimas décadas
parece emerger una nueva
variante del creacionismo
científico que no niega la
evolución, pero que ve en ella
el plan de un Ser poderoso:
es la corriente del Diseño
Inteligente*

blica sobre el origen del mundo, de la vida y de la humanidad es una verdad científica que debe primar siempre por encima de las afirmaciones de las ciencias.

Tras una etapa de gran beligerancia creacionista, sobre todo en los Esta-

⁴ Una síntesis de estas ideas están en: E. MOLINA, «Los argumentos geológicos y paleontológicos de los creacionistas “científicos”: ignorancia y pseudociencia», en E. MOLINA, A. CARRERAS y J. PUERTAS (eds.), *Evolucionismo y racionalismo*, Universidad de Zaragoza, 1998, pp. 265-278.

dos Unidos por los años 1980, parece que la marea había retrocedido en la década de los 90. Sin embargo, tres factores parecen haber favorecido que a finales del siglo XX y en los primeros años del siglo XXI, el creacionismo científico (metamorfoseado bajo otros disfraces más contemporizadores) parece renacer e incluso salpicar a algunos miembros ilustres de la Iglesia católica.

Se puede decir que hay tres grandes razones que podrían explicar el avance de las ideas creacionistas, tanto en la opinión pública como en algunos estamentos religiosos. La primera razón puede ser el desarrollo y expansión mundial de la red de redes, *Internet*, que ha sido aprovechada inteligentemente por los medios más conservadores para crear miles de portales y páginas *web* que sustituyen al tradicional «puerta a puerta» de los Testigos de Jehová. Una segunda razón que explica el renacer del nuevo creacionismo estriba en que no se muestra como un enemigo de la ciencia⁵, sino que pretende ir más allá de las ciencias, alcanzar con su visión a donde los científicos miopes no ven. La tercera razón está muy relacionada con la anterior. Políticamente interesa fomentar una cultura religiosa que deja en manos de Dios el destino

del universo. No cabe duda de que la cultura mesiánica y mediática extendida por la «era Bush», ha aprovechado y potenciado estas ideas.

Antievolucionismo norteamericano

El antievolucionismo, es decir, la oposición a las ideas científicas de la evolución biológica, sobre todo en EE UU, viene de lejos. En el siglo XIX, por ejemplo, el gran geólogo Louis Agassiz fue un militante exaltado contra las ideas de Darwin.

En el siglo XX, las estrategias de los antievolucionistas han seguido tres estrategias que permiten diferenciar tres períodos: durante el primero (1910-1940), los antievolucionistas intentaron y lograron en algunos casos que se aprobara una legislación que eliminase la evolución en las escuelas y en los libros de texto. Pero cuando las leyes restrictivas a la enseñanza de la evolución fueron derogadas, se desarrolló la estrategia de potenciar la Ciencia de la Creación o del Creacionismo Científico (desde 1960 hasta hoy). En estas últimas décadas (1980-2007) parece emerger una nueva variante del creacionismo científico que no niega la evolución, pero que ve en ella el plan de un Ser poderoso: es la corriente del *Diseño Inteligente* (ID) que, como veremos, ha hecho correr ríos de tinta. Hoy son muy numerosas las asociaciones creacionistas en el mundo y sobre to-

⁵ Ver en J. BROCKMAN (ed.), *Intelligent Thought: Science versus Intelligent Design movement*, New York, Vintage Books, 2006, XIII + 216 pp.; entre otros.

do en los EE UU (existe un catálogo de varios cientos que tienen página web)⁶.

La estrategia jurídica

En una primera etapa, los resistentes a aceptar las nuevas ideas de la evolución biológica acudieron a los tribunales. Los protestantes fundamentalistas estaban convencidos de la verdad histórica de los contenidos de la Biblia. Ésta siempre tenía razón frente a la ciencia y temían que la enseñanza de la evolución conduciría al ateísmo y al materialismo a las jóvenes generaciones. Es más: la enseñanza de las ideas evolucionistas atentaban contra la libertad religiosa, y por ello debería ser prohibida.

Intentaban defender que «la Biblia tenía razón», aunque en algunos casos admitían una interpretación más benigna. Así, en 1909, Cyrus I. Scofield (1843-1921) publicó una versión de la Biblia en la que recogía la vieja idea de Thomas Chalmers (1780-1847) de que había un gran intervalo de tiempo entre los acontecimientos narrados en el versículo primero del capítulo primero Génesis y los narrados en el versículo segundo.

En 1923, un texto de geología cuyo autor era George McCready Price

(1870-1963)⁷ daba un gran crédito al Diluvio Universal al que consideraba la causa de la producción de las rocas y de los fósiles al mismo tiempo y debido a una gran catástrofe. Price, que era Adventista del Séptimo Día, escribió también otros libros en los que rechazaba la teoría de la evolución al mismo tiempo que afirmaba el carácter científico de la narración bíblica. Todavía hoy se considera a Price un pionero que inspiró el creacionismo de los años 1960, especialmente el de Henry M. Morris (1918-2006).

Antes de 1925, en 37 Estados se habían aprobado leyes en las que se prohibía la enseñanza de la evolución en las escuelas públicas y que provocaron detenciones y represión contra profesores. Tal vez la historia más conocida es la que tuvo lugar en el estado de Tennessee en 1925 y que se conoció como el «Juicio del Mono»: un profesor de ciencias de secundaria, John Thomas Scopes (1900-1970) fue condenado por enseñar en el aula las teorías evolutivas.

Hacia los años 30, las fuerzas anti-evolucionistas en EE UU se coordinaron para hacer más efectiva su oposición. En 1935, fue fundada la *Religion and Science Association*, siendo nombrado presidente un doctor en Química orgánica de la Universidad de Chicago, L. Allen Highley. Los

⁶ El catálogo puede encontrarse en: <http://www.rae.org/revevlnk.html>

⁷ R. NUMBERS, *The Creationist*, New York, Knopf, 1992.

desacuerdos entre los socios dio lugar a que Price y otros Adventistas de Los Ángeles formaran en 1938 una nueva sociedad, la *Society for the Study of Creation, the Deluge and Related Sciences* (1938). Ésta llegó a tener bastantes miembros, pero estaban bastante divididos por diferencias de tipo geológico y desapareció oficial-

*la corte consideró
inconstitucional esa norma
sobre la base de la primera
enmienda de la Constitución
que prohíbe que se impongan
doctrinas religiosas en la
educación*

mente en 1948. Por otra parte, un grupo de Evangélicos fundó en 1941 *The American Scientific Affiliation*, constituida por científicos cristianos y destinada a difundir ideas concordistas entre la ciencia y la Biblia. Para ellos, la ciencia debía someterse a los dictados de la lectura literal de la Biblia (que no puede equivocarse). Su interés se centra en mostrar que «la Biblia tenía razón».

Búsqueda de las bases científicas

En 1963 los EE UU aprueban un nuevo currículo de ciencias para secun-

daria en el que se incluye la evolución como un tema relevante⁸. Esto crea malestar en algunas familias que piensan que si sus hijos estudian la evolución en la escuela, esta idea chocará con sus convicciones religiosas. La estrategia será ahora demostrar que tan científica es la evolución como la creación. Y que el estudio de la evolución va contra la libertad religiosa.

Aquí tendrá un papel muy importante la figura de Henry M. Morris, ya citado. Éste es conocido como el padre del Creacionismo Científico o Ciencias de la Creación. En 1946 publica su primer libro: *That you Might Believe*, cuando todavía era un estudiante. Este libro y su sucesor, *The Bible and Modern Science*, publicado en 1951, defendía la creación en seis días de 24 horas y la existencia histórica del Diluvio Universal. Estas afirmaciones no sólo se basaban en una lectura literal de la Biblia, sino que se aportaban pruebas científicas.

Aunque estos dos libros se siguen reimprimiendo, el moderno movimiento del Creacionismo Científico cristalizó en 1960, cuando John C. Whitcomb (1924-), un profesor de Antiguo Testamento, publicó junto a Morris, un trabajo muy bien recibido en los ambientes creacionistas: *The Genesis Flood* («El Diluvio del Géne-

⁸ A. B. GROBMAN, *National Standards, American Biology Teacher*, octubre 1998, 562.

La marea del creacionismo científico llega a España

sis»). Morris se hace entonces el abanderado del Creacionismo Científico. En 1963 creó en Michigan *The Creation Research Society (CRS)*, que asienta la doctrina del creacionismo científico más intransigente. La revista *Creation Research Society Quarterly (CRSQ)* comienza a publicarse en 1964.

Morris trabajó intensamente para que se considerase de igual entidad que el evolucionismo. En los años de Ronald Reagan, con la ayuda de la llamada *Mayoría Moral*⁹, logró aprobar leyes en muchos estados favorables a la enseñanza de la evolución y el creacionismo científico con igualdad de tratamiento. Al comienzo de los años 1980, esta legislación estaba vigente en 27 estados. Muchos científicos y educadores fueron involucrados en campañas para que se diese el mismo tratamiento a la evolución que a la creación, el deseo de Henry Morris.

Los intentos por parte de los creacionistas de imponer sus ideas llegaron hasta los tribunales. En 1968 tuvo lugar el juicio *Epperson vs. Arkansas*, en la que la Corte Suprema invalidó una ley del Estado de Arkansas por el que se prohibía enseñar la evolución en las escuelas. La corte consideró inconstitucional esa norma sobre la ba-

se de la primera enmienda de la Constitución que prohíbe que se impongan doctrinas religiosas en la educación.

En Arkansas es donde en 1981 se aprobó una ley de igualdad de trato para ambos planteamientos. De acuerdo con el Acta 590 se propuso el tratamiento equivalente y el Creacionismo Científico fue presentado como un punto de vista «estrictamente científico». Pero un grupo de ciudadanos de la Unión de Libertades Civiles, encabezado por el clérigo metodista William McLean, puso una demanda. El caso se conoce como *McLean vs. Arkansas* que dictaminó que el Acta 590 era anticonstitucional. Los creacionistas científicos fueron cosechando derrotas en los tribunales. Así sucedió en 1987 en el caso *Edwards vs. Aguillard* de Louisiana, cuando la Suprema Corte declaró que era inconstitucional ordenar la enseñanza de la «ciencia de la creación» al lado de la evolución en las clases de ciencias (una ley que los creacionistas hicieron adoptar en el estado de Louisiana) porque eso implica enseñar en las escuelas estatales una *creencia religiosa específica* (que una fuerza sobrenatural creó los seres humanos) y la Constitución lo prohíbe.

El Diseño Inteligente (ID)

Desde los años 1940 se despliega la estrategia de los «creacionistas científ-

⁹ Organización religiosa y política fundamentalista creada por el telepredicador Jerry Falwell (1934-mayo 2007).

ficos». Pero ya cercanos al final de siglo XX aparece una alternativa (que se presenta como contraria al creacionismo científico, pero que no es otra cosa que una versión disfrazada de creacionismo): es el *Diseño Inteligente* (ID, en inglés). El ID se suele considerar como una nueva forma del creacionismo. De alguna manera, su antecesor es William Paley¹⁰ que usó el argumento del «diseño» (estudiado por Darwin). Para Paley, la existencia de Dios puede ser probada examinando su obra creada. Usa la metáfora del reloj que necesita la aceptación de un relojero. La prueba que más aduce es la aparición del ojo, cuya complejidad le parece imposible de lograr por puro azar. Darwin alude a ella y cree poder explicarlo por selección natural. Las estructuras y los órganos están perfectamente coordinados. Todo órgano tiene su función diseñada de antemano. El libro de texto que los partidarios de ID pretenden imponer, *Of Pandas and People* (1993)¹¹, habla del «diseño» del ADN para producir órganos y seres vivos.

Es abundante la bibliografía sobre el *Diseño Inteligente*. El principal ideólogo de este movimiento, Philip E. Johnson, nacido en 1940, es profesor

¹⁰ W. PALEY, *Natural Theology: or Evidences of the Existence and Attributes of the Deity, collected from the Appearance of Nature*, 5th ed., Londres, Faulder, 1803.

¹¹ P. V. DAVIS y D. H. KENYON, *Of Pandas and People*, 2nd ed., Dallas, TX Haughton, 1993.

de derecho de Berkeley. Conocedor del derecho y de la Constitución, Johnson entiende que la estrategia legal de las dos décadas pasadas de los «creacionistas científicos» (que presentan la creación bíblica como *verdad textual*) tiene pocas probabilidades de cambiar las leyes federales, y está modernizando el discurso creacionista. Johnson entiende que los creacionistas bíblicos textuales del *Institute for Creation Research* y similares han perjudicado la causa porque la impresión que dan es que son unos dogmáticos fanáticos irracionales.

Pero también han sido vencidos en los tribunales de justicia. En el año 2005 saltó a la prensa el fallo del juez Jones III en Dover (Pennsylvania, USA) contra el *Diseño Inteligente*. La Junta escolar del Distrito de Dover quería imponer un libro creacionista en la Escuela pública. Un grupo de madres denunció a la Junta escolar. Es el famoso juicio *Kitzmiller y otros contra la Junta Escolar del Distrito de Dover*¹².

El juicio en Dover provocó que el 17 de mayo del año 2005, el astrofísico Lawrence Krauss publicara en el *New York Times* un artículo muy crítico y beligerante contra los *movimientos creacionistas* en los Estados Unidos. Y,

¹² V. M. CLARAMONTE, Test científico a la teoría del diseño inteligente: la sentencia *Kitzmiller et al. Vs. El Distrito de Dover*. e-VOLUCIÓN, Sociedad Española de Biología Evolutiva, n.º 2 (2007), 31-42.

La marea del creacionismo científico llega a España

sobre todo, contra la nueva versión del llamado *Diseño Inteligente*.

El creacionismo científico en Europa

La controversia entre evolucionismo y creacionismo ha tenido mucha menor fuerza en Europa. De acuerdo con los datos de E. Molina¹³, en Europa los creacionistas pertenecen a la secta católica CESHE (*Cercle Scientifique et Historique*), que fue creada para difundir la obra de su líder diluvista Fernand Crombette (1888-1970), y constituye el más fiel equivalente del creacionismo «científico» de los protestantes fundamentalistas americanos.

Entre ellos destaca el «sedimentólogo» francés Guy Berthault, quien para desacreditar la evolución niega el elemental principio de superposición de los estratos, habiéndose infiltrado en la geología oficial francesa¹⁴. Aparte de G. Berthault, otro de sus líderes más activos es Dominique Tassot (1991)¹⁵, quien concluye que la prehistoria evolucionista es ilógica, irracional y un fraude permanente, y que solo la prehistoria bíblica, con la trilo-

gía: Creación, Caída y Diluvio, es simple, completa, conforme a los hechos y racional.

Ante estas afirmaciones se puede concluir que el creacionismo «científico», además de ser una pseudociencia, es completamente irracional. La difusión del creacionismo «científico» en la Unión Europea ha sido analizada en Molina.

Respecto al desarrollo de las ideas creacionistas en España, «existen dos tipos de creacionistas radicales que se

*la sonrisa que nos provocan
muchos de los conflictos que
en el pasado se dieron entre
las ciencias y la religión no
debe hacernos olvidar otros
conflictos entre racionalidades
presentes en nuestra sociedad*

oponen parcial o totalmente a la evolución: por una parte, los que profesan un creacionismo conciliador que pretende integrar los datos científicos con la narración bíblica [...]; y por otra parte, los que creen en un creacionismo literalista, consecuencia del proselitismo de los fundamentalistas norteamericanos». Sin embargo, ninguno de los dos grupos ha logrado crear una escuela o un pensamiento

¹³ E. MOLINA, *op. cit.*, 1998.

¹⁴ C. BABIN y J. P. GARCÍA, «L'infiltration des créationnistes dans la géologie officielle française», en *Les Cahiers Rationalistes*, 499 (1995), 10-16.

¹⁵ D. TASSOT, *L'image de Dieu. Préhistoire transformiste ou Préhistoire biblique*, Ed. Saint, 1992.

coherente y propio, sino que se reducen a copiar y a traducir lo escrito más allá del Atlántico.

¿Se puede ser evolucionista y cristiano?

Para mucha gente creyente en nuestro mundo, la idea cristiana de «creación» no es compatible con la idea de los científicos de la «evolución». Para ésta, hay un conflicto sin solución posible. Y eso no sólo en España hoy, sino en el resto del mundo desde hace muchos años.

Un caso actual ilumina el panorama. Uno de los grandes filósofos de la biología y que además se profesa ateo, el Dr. Michael Ruse, de la Universidad de Florida, acaba de publicar en 2005 un trabajo titulado en castellano: «Darwinismo y cristianismo: ¿deben mantenerse en guerra o es posible la paz?»¹⁶. Ruse repasa los argumentos de algunos de los científicos que más defienden que no hay posibilidad de diálogo entre el evolucionismo darwinista y la religión, como Edward O. Wilson (el padre de la Sociobiología) o Richard Dawkins (el autor de *El Relojero Ciego*, entre otros trabajos). Sin embargo, Ruse (pese a

reconocer su ateísmo) pone en duda el que tengan que ser incompatibles.

Pero ¿son realmente incompatibles la aceptación de la fe cristiana y una explicación evolucionista del mundo? ¿Le está prohibido a un cristiano aceptar la evolución biológica? En el fondo de estas preguntas lo que se esconde es una determinada manera de entender lo que es la fe cristiana en la creación y lo que es la comprensión del proceso evolutivo. En este debate actual ha tomado partido de forma indirecta la Iglesia Católica. El diario «oficioso» del Vaticano, *l'Osservatore Romano* se ha desmarcado de las ideas del diseño inteligente como paradigma científico¹⁷.

Pero hay una lección que hemos de aprender de todo lo dicho: lo que hoy en nuestra sociedad puede parecer escandaloso, podría convertirse en normal dentro de unos años. La sonrisa que nos provocan muchos de los conflictos que en el pasado se dieron entre las ciencias y la religión no debe hacernos olvidar otros conflictos entre racionalidades (científicas, filosóficas, culturales, políticas y religiosas) presentes en nuestra sociedad y que sólo una actitud de diálogo, paciencia y antidogmatismo puede superar. ■

¹⁶ ¿Puede un darwinista ser cristiano? *Las relaciones entre Ciencia y Religión*, Siglo XXI, Madrid, 2007.

¹⁷ F. FACCHINI, «Evoluzione e Creazione», en *l'Osservatore Romano*, 16-17 de enero de 2006.